

El Ingenio y las apariciones

A cincuenta kilómetros de la ciudad de Salta “la Linda” hacia el sur de la misma en el florido Valle de Siancas, se encuentra desde hace 450 años el Pueblo de Campo Santo, que recibe orgulloso este nombre por ser un remanso de abundancia, quietud y belleza simple y pura como el alma de sus habitantes, rico en historia, cultura y tradición. Al pie mismo del Rio Mojotoro, dueño de un paisaje encantador, bosque de imponente y frondoso eucaliptus, añosos algarrobos, chañares, tipas y titilantes lapachos, pastizales, quintas y chacras.

Hermosas vertientes alimentan las represas como espejo de bello entorno, y se precipitan por las acequias hacia el generoso valle fertilizando y regando los cañaverales hasta perderse en las entrañas de la tierra siempre sedienta del agua vitalizadora. Hacia el nordeste colinda con la finca de los agricultores de la bella Betania rica y prospera en tupidos tabacales, frutales, naranjos, limoneros, duraznos, paltas y chirimoyas, verdura de toda variedad que se confunden con la brisa fresca y suave anunciando atardeceres de romance y poesía, y hacia el sudeste se extienden los cañaverales “como verde alfombra expuesta al cielo”.

En el corazón mismo de este bello y encantador paisaje se levanta bullicioso este gigante de acero el “Ingenio San Isidro” , el primer Ingenio azucarero del país, fundado en el año 1760 por el coronel Don Juan Adrián Fernández Cornejo, digno descendientes de españoles, hombre de gran cultura y educación venido de Locumba Perú.

La señorial casona de la familia data del mismo año y se encuentra en el mismo predio del Ingenio rodeada de esplendorosos jardines con helechos, alelís, jazmines, claveles y rosas en gran cantidad.

A un costado del jardín como mudo y cansado testigo del tiempo se encuentra el Museo del Ingenio, con recia estampa desafiante como hombre valiente que nació para triunfar está el primer trapiche de madera que era accionado por bueyes y mulas, la paila de cobre de tres mil litros que recibía el jugo triturado, los moldes para el secado de los panes de azúcar, como así también maquinarias a vapor del Siglo XIX, centrifugas, grúas y guinches.

En tardes tranquilas cuando el sol parece adornar la tierra, después de la jornada laboral cuentan los antiguos obreros que cuando cae la noche entre los viejos paredones del

Ingenio y los grandes galpones para guardar las bolsas de azúcar, se pasea con mirada penetrante un perro negro de gran porte y con una larga y vieja cadena colgada del cuello que al rozar en el piso despide chispas enceguecedoras, “el familiar” lo llamaban y es blanco de todo tipo de comentarios escalofriantes. Si se encuentra con una persona la derriba la ata con la cadena y la lleva hasta que desaparece.

También cuentan que en los atardeceres se ven duendes sombreroes, saltarines y juguetones que se deslizan cuesta abajo por las barandas de las escaleras correteando y arrojando piedras para perderse presurosos en los hornos de las calderas. Muchas personas cuentan que en noches de luna como un paisaje de ensueño junto a un arroyo colindante al Ingenio vieron a “la novia” con un deslumbrante traje blanco y larga cola que lanzaba pétalos de rosas cuando se paseaba y contemplando las tranquilas aguas donde un día destruida por el dolor y la tristeza que le causó la muerte de su prometido, un acaudalado estanciero de la zona del Juramento. Sometida por la culpa decidió poner fin a su vida y se sumergió en aquel arroyo donde desapareció. Esta hermosa doncella había habitado en la casa patronal en la última década del Siglo XIX. Muchos gauchos corajudos cuentan que al amanecer acompañados por el lucero del alba y los cantos chillones de los pájaros cuando iban a sus tareas habituales de campo en los corrales cerca del Ingenio, en muchas ocasiones le salía “la viuda” una mujer alta vestida de negro de enormes dientes de sus ojos como brasas despedía llamas de fuegos y en sus manos portaba un largo rebenque con espinas de sacharosa con el que espantaba las cabalgaduras y estallaba en una potente risa que se podía oír a varias leguas.

Pero el más temido que aún se cuenta en nuestros días es el “Garufa”. Era el sereno o Rondín del Ingenio, un hombre de bravo coraje, dotado de una fuerza de búfalo alto y esbelto de dos metros y estampa de guerrero, larga cabellera, barba abundante, ojos azules y mirada de felino, vestía largas botas, capa negra y sombrero tanguero, su única compañía era un loro travieso con alas de oro que lo transportaba en su hombro y se deslizaba por su ancha espalda de un lado a otro.

En sus grandes manos con largos dedos sostenía en su derecha una gruesa y temerosa cadena y en su izquierda un puñado de grandes y pesadas llaves, que sonaban como cencerros acompañando el grito de ultratumba Garuuufaaaa.

En las noches de furiosas tormentas caminaba alrededor del Ingenio entre rayos y relámpagos, y el grito fuerte de garuuufaaa se mezclaba entre truenos y centellas.

Aun hoy, en muchas noches de molienda y con el fragor de la zafra, en algunos lugares del Ingenio se oye el grito espeluznante de garufa. Los obreros que escuchan quedan como suspendidos por un montón de sensaciones, miedos y emociones. Muchos peones de campo afirman que lo vieron montado en una vaca con cuernos de plata cabalgando alrededor de los cañaverales y ocultarse en los bosques cercanos al eufórico grito del loro de garuuufaaa. Dicen que a la madrugada se ocultaba en los sombríos sótanos de la usina vieja donde se alimentaba de hierbas y frutos silvestres que recogía en la noche.

Era conocedor de los secretos y hechizos de la magia negra y tenía en su poder el contrato con las fuerzas infernales.

Este misterioso personaje cobro vida en las primeras décadas del Siglo XIX. Aun a pesar del tiempo transcurrido y las avanzadas tecnologías, las personas continúan despertando un temor al circular en las noches en las adyacencias de la fábrica.

Francisco Oscar Sánchez
DNI 8.555.802

Romance del Árbol del Milagrillo

En mi pueblo hay un árbol
que algarrobo se llama,
donde van a cobijarse
avecillas en sus ramas.

En sus gajos tibios nidos
con pichones de gorriones,
que eternos y agradecidos
pagan con sus canciones.

Mayo llega con el frío
y el algarrobo enmudece,
su ramaje se desnuda
ya los nidos no se mecen.

Solo se ven grises troncos
triste silencio amenaza,
Agosto también se aleja
y a prisa los días pasan.

Entonces el tiempo cambia
y un hada con traje leve
lo cubre amorosamente
con hermoso traje verde.

En la plaza los rosales
ya perfuman el ambiente
y nos impregna de luces
su blancura refulgente.

Al escuchar las plegarias
el viejo árbol se conmueve
Setiembre ya está presente
y muy contenta la gente.

Es que allí hay un gran tesoro
que cuida hace centurias,
el Gran Señor del Milagro
y a Nuestra Madre María.

Peregrinos van y vienen
implorando bendiciones,
que agradecidos se alejan
cumplidas sus peticiones.

En Salta, el Milagro Grande
en Campo Santo, el chiquito,
¡Viva! ¡Viva para siempre!
¡El hermoso Milagrito!

Ana Narváez

DNI N° 5.394.447